

# PANORAMA DE LOS ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

POR FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

La Argentina posee la singularidad de ser el único país de nuestra América que, sin haber poseído ninguna gran cultura aborigen ha dado, sin embargo, a las "ciencias del Hombre" cinco generaciones de antropólogos. Esto supone una larga preocupación por tales disciplinas y un heroico esfuerzo hasta llegar a convencer al país de la necesidad y la conveniencia de ayudar y respaldar a aquellos esfuerzos originalmente personales y casi solitarios.

La primera generación comprende unos pocos exponentes argentinos, coetáneos con algunos extranjeros suficientemente afortunados como para encontrar en esta *terra incognita* campo propicio para sus desvelos. Las fuentes escritas de nuestra arqueología comienzan a nacer a fines del siglo pasado. La cabeza visible de esta primera generación es Juan Bautista Ambrosetti, pionero y creador de nuestra arqueología, lo que no importa que no tuviera antes de sí precursores tan descolantes en otras ramas de la actividad humana y colectiva como Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento. El primero, con su tan acertada descripción de *Las ruinas de Tiahuanaco* (cuya segunda edición he tenido el honor de prologar) y de cuyo *Catálogo de las lenguas americanas* podemos decir que es el primer intento científico argentino de escribir una monografía "razonada" sobre el tema, escapando de las interpretaciones delirantes entonces en boga. En cuanto a Sarmiento, baste recordar sus reflexiones en el *Facundo*, sus páginas iniciales sobre huarpes y españoles en *Recuerdos de Provincia*, su comunicación a una sociedad científica inglesa acerca de los petroglifos de San Juan, y tantas otras piezas o fragmentos de las mismas destinados a discutir rápidamente temas etnográficos o arqueológicos, como las destinadas a la "civilización del cuero" en *Conflictos y armonía de las razas en América* para advertir que a uno y otro de ambos próceres les sobran títulos para su recordación como precursores de tales estudios en el Plata. Y podríamos agregar todavía, que ambos

—en función de periodistas— fueron los primeros en saludar la aparición de los dos jóvenes investigadores que aparecían en el campo de la paleontología humana y de los viajes científicos de penetración en tierras hasta entonces desconocidas para los estudiosos: me refiero aquí a los nombres insignes de Florentino Ameghino y de Francisco P. Moreno.

Son de los últimos años del siglo pasado y primeros de éste algunas de las contribuciones primiciales de Ambrosetti sobre la arqueología del N. O. argentino, aunque su primera producción haya sido una obrilla jocosa, escrita bajo el seudónimo irreconocible de “Thomás Bathata”, dedicada al comentario autobiográfico de las vicisitudes de un expedicionario novel en las tierras del Chaco. En honor a la verdad, casi todas esas breves *Notas* de esa época, son, todavía, apuntes harto superficiales —como no podía menos de ocurrir— en las que no se trasluce, todavía, la garra del maestro.

Poco después de él, comenzarán a aparecer las opiniones de Paul Groussac sobre la importancia de estas disciplinas científicas y la necesidad de su mayor desarrollo entre nosotros, aunque estas opiniones, expresadas originariamente en una conferencia pronunciada en inglés, en Chicago, tardan en divulgarse entre nosotros hasta la aparición del volumencillo que las contiene. Entre tanto, Liberali y Hernández preparan su álbum y su manuscrito de la obra inicial con que se presentaron en este campo, en el cual luego no prosiguieron. Más perseverantes resultaron ser, felizmente, los esfuerzos de otros contemporáneos de Ambrosetti: Adán Quiroga, cuya fantasía de poeta encuentra libre tránsito entre los mitos y leyendas que jalonan y basamentan a nuestro folklore, y Samuel Lafone-Quevedo, buen arqueólogo y quizás aun mejor lingüista, quien madura sus conocimientos en uno y otro sector con la lentitud y parsimonia de sus peones catamarqueños, con los cuales trabaja, convive y educa durante veinte años, luchando estoicamente por salir de la pobreza y por asomar a la fama.

Todo ello si no contáramos más que con los connacionales, a los que habría que agregar, todavía, los tres famosos extranjeros que vinieron a saciar entre nosotros su sed de aventuras y su inextinguible apetito de espacio: Erland Nordenskiöld, Eric von Rosen y Eric Boman, los tres nórdicos que constituyeron la gran inyección dada a nuestros estudios iniciales desde Europa (con la que el último de ellos nos aportó su especial capacidad de arqueólogo y de etnógrafo de la expedición de Créqui de Montford y Sénéchal de la Grange).

Imposible detenerse aquí en algo más que una rapidísima alusión

a la polémica Ambrosetti-Boman sobre términos de metodología y alcances culturales de valor geográfico o territorial. La mera referencia a tal polémica distraería un tiempo del que no disponemos y nos volvería a dejar en el mismo punto de partida. Hoy en día, después de haber polemizado acerca de si diaguitas o calchaquies, todos nos vamos inclinando a definir geográfica y estilísticamente los elementos del N.O. argentino en circunscripciones territorialmente cada vez más reducidas.

La segunda generación de los arqueólogos argentinos, en lo que respecta a nuestro N.O. está constituida por el discípulo dilecto de Ambrosetti, Salvador Debenedetti, joven poeta, considerado en los comienzos de su fina juventud como una de las más grandes esperanzas literarias de su generación, quien en un momento dado, abandonó la poesía para dedicar casi la total integridad de sus esfuerzos a los estudios arqueológicos. Baste para ello decir que uno de los sueños de Ambrosetti había sido el estudio y la restauración del pucará de Tilcara, a los que acometió Debenedetti con buen empuje, una vez llegado a la dirección de nuestro Museo Etnográfico de Buenos Aires, cargo en el que sucedió a su maestro. También pertenece a la misma, el erudito Félix F. Outes, quien, desde las épocas de su lejana juventud, había sido Secretario del Museo de La Plata, publicando como tal una serie de estudios arqueológicos y etnográficos, especialmente la serie de vasijas de nuestro N.O. reproducidas suntuosamente en color, así como copiosos estudios sobre la región cordobesa; su contemporáneo, Luis María Torres que si bien especialmente dedicado a la investigación del delta del Paraná y del litoral rioplatense, no dejó de producir una monografía especial sobre las urnas funerarias de Rosario de La Frontera y Valle de Lerma; Roberto Letchmann-Nistche, cuya bibliografía es tan amplia y diversa en las distintas ramas de las "ciencias del Hombre", que no podría dejar de tener algunos capítulos que en ella se refieran a nuestra zona, y por fin, Carlos Bruch, quien se apartó, por breve tiempo de sus habituales tareas entomológicas para trazar en un volumen su relación acerca de importantes yacimientos catamarqueños y tucumanos.

Es justamente de esta época de vigencia de tareas de la generación a que me estoy refiriendo, que podemos señalar los primeros ensayos cronológicos observables para el N.O. argentino. Ellos se inician con Max Uhle, el sabio alemán tan importante por sus estudios en nuestro medio, quien en 1912 propone el siguiente escalonamiento cultural en tres grandes períodos: 1) el de los vasos draconianos; 2) el prein-

caico, de los vasos propiamente calchaquíes (de Santa María y Amaicha); 3) el de los Incas (donde Uhle involucra la última fase de la evolución local). Esta división cronológica es contrapuesta, al año siguiente, por Eric Boman, quien adopta una posición crítica, severamente planteada con respecto a Uhle y constituyéndose en el defensor del origen incaico de las culturas de nuestro N.O. Uhle no responde a esta actitud. Sólo diez años después, en 1923, publica un nuevo estudio en el que reafirma sus opiniones iniciales e intenta establecer las vinculaciones entre las culturas del N.O. con las del antiguo Perú. Entre los cultores del problema en filas argentinas, sólo podemos señalar, como aporte observable, el verificado por Debenedetti en 1928, fecha en la que destaca la contribución de la cultura de Tiahuanaco al cuadro de las interacciones culturales y de las influencias recibidas desde el Altiplano por las culturas de nuestro N.O. Debenedetti destaca, especialmente, el aporte de los *kero*, como rótulo indicador de tales influencias.

Hacia 1930 acaba de entrar en el campo de tales estudios una nueva generación de arqueólogos: la tercera. Forman parte de ella Francisco de Aparicio, discípulo de Outes, a quien, andando el tiempo llega a suceder en la dirección del Museo Etnográfico de Buenos Aires. Especialista en las regiones de la cuenca del Paraná (en la ciudad de cuyo nombre reside y ejerce la docencia arqueológica durante varios años) y de la antigua Provincia de los Comechingones, (a la que visita fielmente repetidas veces), tiene en su haber el reencuentro de la "ciudad de Tolombón" y los estudios sobre "vivienda natural" en la región cordobesa. Odilia Bregante, discípula del profesor Debenedetti, elabora una importante tesis sobre cerámica del N. O., que tiene el mérito de ser la primera tentativa clasificatoria de la misma. Discípulo del mismo profesor es también Eduardo Casanova, excelente conocedor del ámbito de la quebrada de Humahuaca y de sus quebradas subsidiarias, acerca de las cuales produce valiosas monografías y siguiendo las huellas de su maestro, prosigue la restauración del pucará de Tilcara, llegando a ser Director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires. Salvador Canals Frau, investigador de huarpes y posteriormente Director del Museo Etnográfico, polemizó, igualmente, acerca de la frontera cultural de los diaguitas. Joaquín Frenguelli, ex Director del Museo de La Plata, tuvo papel muy importante en la dilucidación del problema de la formación geológica de los supuestos "túmulos" de Santiago del Estero, demostrando su carácter natural. Héctor Greslebin, dedicó particular preferencia al es-

tudio de la "tambería" del Inca, en Chilecito, provincia de La Rioja y a la forma de techar esos recintos pircados que él había estudiado en planta minuciosamente. José Imbelloni, que fue Director del Museo Etnográfico, ha trazado la clasificación de las poblaciones ándidas del N.O., sus estudios craneológicos y sus grupos lingüísticos. Fernando Márquez Miranda, discípulo de Torres, a quien llegó a sustituir en la jefatura de la División Arqueología y Etnografía del Museo de La Plata y años más tarde en la Dirección de esa misma casa de altos estudios, es autor de numerosos estudios sobre problemas arqueológicos del N.O. y especialmente fuente para el conocimiento del complejo cultural de Iruya y Santa Victoria. Enrique Palavecino, actual Director del Museo Etnográfico, aunque especialista en etnografía chaqueña, también se ha ocupado de la zona del N.O. en la parte pertinente de su monografía sobre "Áreas y capas culturales del territorio argentino". Antonio Serrano, ex Director de los museos de Paraná y Córdoba, ha publicado estudios sobre decoración de la cerámica diaguita, ya criticando las hipótesis arqueológicas de los hermanos Wágner ya proponiendo las características definitorias de los estilos nuevos de Condorhuasi y La Puntilla, ya elaborando su Manual docente sobre cerámica argentina; Milcíades Alejo Vignate, ex Jefe del Departamento de Antropología Física del Museo de La Plata, descriptor de hallazgos verificados en la zona de la Puna, así como del ajuar funerario de una momia de Angualasto, estudioso de los "cráneoestrofeo" de la Quebrada de Humahuaca y señalador de la presencia de los chichas en el borde norte del ámbito geográfico de nuestro N.O., completa con los hermanos Emilio y Duncar Wágner, apasionados cultores de la arqueología regional de Santiago del Estero la nómina de la recién ennumerada tercera generación de estos científicos.

El destino frecuente de muerte en plena madurez que ha sido final obligado para muchos arqueólogos argentinos,\* desde la temprana desaparición del creador de tal disciplina entre nosotros, volvió a repetirse con la muerte súbita de Debenedetti, a su regreso de Europa y frente a las costas brasileñas. Este cultor de nuestros estudios dejaba prácticamente terminada la publicación de un suntuoso volumen, editado en París, con bellísimas láminas, y cuyas páginas introductorias fueron de las últimas cosas que Debenedetti alcanzó a escri-

\* Este artículo —póstumo— del doctor Fernando Márquez Miranda fue escrito unos días antes de su repentino deceso, acaecido el 12 de diciembre de 1961, en plena actividad docente y de investigación de su autor. N. de R.

bir totalmente: era la presentación del conocimiento de la cultura de los Barreales, más tarde subdividida de acuerdo a los estilos Ciénaga y Aguada, nombres de los dos únicos yacimientos de piezas de este tipo que Debenedetti llegó a conocer. Ya desde 1908, Boman había afirmado —aún sin conocer algunos de los estilos más hermosos del N.O. argentino como éste, el de Condorhuasi y otros que vamos reconociendo— que la cerámica del N.O. era de las más bellas y diversas de esta parte meridional de América. El aporte excepcional, en la calidad y perfección de todos los pasos elaboratorios de estos materiales privilegiados de los Barreales, hubiesen dado nueva fuerza afirmativa a aquella temprana intuición del arqueólogo nórdico, que tan intenso conocimiento llegó a tener de nuestras culturas locales.

Por lo demás, Debenedetti había dejado sin pasar a redacción definitiva el último de sus viajes de excavación, verificado hacia el departamento de Iruya (provincia de Salta), en donde, acompañado de su entonces discípulo Casanova, llegó a tomar el primer contacto con el yacimiento de Titiconte. Publicada su tesis doctoral, Casanova utilizó las libretas de viaje del profesor y sus propias anotaciones personales, para publicar, en 1934, una monografía que firma conjuntamente con el nombre de su maestro, como testimonio del trabajo conjunto realizado. En el ínterin, otro investigador novel, Márquez Miranda, en desconocimiento de las labores realizadas por aquellos, y estando en Humahuaca, en donde excavó con fortuna el pucará de Piedras Blancas, resolvió tratar de llegar hasta Iruya, del cual los vecinos de la quebrada aseguraban ser territorio aún más fructuoso. Así lo hizo, comprobando la importancia de Titiconte, que sólo había sido muy parcialmente excavado. Tal comprobación llevó a Márquez Miranda a realizar una segunda campaña de excavaciones en las vacaciones del año siguiente, es decir, en 1934, a cuyo regreso, conoció la monografía de Debenedetti-Casanova. Pensando entonces que el doctor Casanova desearía continuar sus trabajos en aquel terreno, Márquez Miranda suspendió sus actividades allí durante tres años, regresando sólo al lugar durante los primeros meses de 1937 y 1938 y publicando los resultados de las cuatro campañas en 1939.

Como testimonio de diferencias de opinión respecto a la vigencia y valer de algunas hipótesis e investigaciones realizadas durante estos últimos años, merece citarse, especialmente, en primer término lo acaecido durante el desarrollo de la Primera Semana de Antropología, convocada por la Sociedad Argentina de su nombre para tratar de uniformar opiniones acerca del problema suscitado por los hermanos

Wáagner en torno a la por ellos llamada "civilización chaco-santiagueña". Adolecía, en opinión de algunos arqueólogos contemporáneos, de una doble exageración en cuanto a su título, pues entendían que con él se pretendía una estatura cultural no merecida, así como el reconocimiento de su presencia en un área acerca de la que no había prueba alguna de su existencia. Serrano era quien había planteado las dudas iniciales; en la *Semana* recién recordada, ellas se acrecentaron y ratificaron, pudiéndose decir que sólo los hermanos Wáagner permanecieron, en esa ocasión, fieles a su concepción incommovible, como permanece en ella, hasta nuestros días, la diécta discípula de don Emilio Wáagner, la srta. Olimpia Righetti, actual Directora del Museo Provincial de Santiago del Estero, que los hermanos Wáagner y ella misma han enriquecido con nuevas aportaciones culturales extraídas de los yacimiento de esa área.

Entre tanto, Antonio Serrano, en 1936, esbozaba una cronología que abarca en realidad toda el área calchaquí. Completa ese cuadro, dos años más tarde, con un nuevo ensayo, inspirado en realidad en ideas procedentes de Uhle, aunque naturalmente, reelaboradas por él, de acuerdo con lo cual nos propone las cuatro etapas siguientes: I) salvajismo; II) desarrollo de las culturas locales; III) compenetración de éstas y unificación del idioma; IV) advenimiento de la ola pamperuana con la llegada de la cultura incaica. Este cuadro se complementa con el establecimiento de relaciones entre dichas culturas locales y las antiguas del Perú.

En tal sentido, deriva las "facies" draconianas de las culturas protoides y de Recuay, como etapa antigua, es decir, anterior a la llegada a nuestro N.O. de los que habitualmente denominamos elementos calchaquíes, a los cuales él considera como autóctonos del Ecuador, e intercala entre la capa draconiana y la aparición de estos calchaquíes, una capa de elementos de influencia de Tiahuanaco (inspirada, sin duda, en las ideas de Debenedetti, que éste había expresado en 1928).

En 1941, Imbelloni destaca la importancia de estos trabajos producidos por Serrano, si bien disiente parcialmente con él e introduce algunas modificaciones en el planeamiento. Su principal objeción podemos decir que se refiere sobre todo a considerar las fechas cronológicas de Serrano como demasiado antiguas, por lo cual postula una remotidad menor para las mismas. En cuanto a los períodos, los individualiza de acuerdo con los principales elementos de creaciones estilísticas reconocibles, a las que despliega de la siguiente manera, en orden cronológico: I) figurinas modeladas (a las que considera asimi-

lables a una vieja cultura, de características arcaicas y de origen centroamericano II) urnas con caras y torsos humanos. incisas o en relieve, de estilo naturalista y sin pintura (cuyas correspondencias decorativas y formales provendrían de los especímenes colombianos, ecuatorianos y peruanos primitivos; III) urnas con caras y torsos humanos, acompañadas de estilizaciones pintadas de estilo draconiano; IV) urnas santamarianas y de Andagalá. Imbelloni, con su seguridad habitual declara que tales secuencias tipológicas ayudarán al establecimiento de la cronología regional y pondrán énfasis a las correlaciones continentales con el área diaguita.

En 1946 Márquez Miranda publica su monografía sobre *Los Diaguitas* en la que, como él mismo afirma en su Introducción, no debe esperarse novedad alguna por parte de los lectores especializados, pues el propósito del autor consiste esencialmente, en establecer una especie de *misse-au-point* de tales estudios, reservándose la presentación de las posibles "novedades" para las ulteriores monografías que el estudio de las grandes colecciones a su cargo puedan procurarle. Este trabajo quedó, en cierta manera, trunco. Entre finales de ese año y comienzos de 1947 las Universidades argentinas perdieron más de mil profesores y ayudantes de la docencia. El autor estuvo entre ellos. Por tanto, los trabajos prometidos no pudieron tener comienzo de publicación. Cuando él regresó, a fines de 1955, como Decano-Interventor de la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata, cargo que involucraba el de Director del Museo por una modificación de los estatutos practicada durante el régimen depuesto, se encontró con que una extensa monografía que había entregado antes de su cesación de servicios, al Museo, no había sido nunca publicada y había, en cambio, envejecido en este largo lapso. En efecto, como él mismo lo estableciera en su libro sobre regiones meridionales de América del Sur, aparecido en Méjico, a comienzos de 1954, una nueva etapa se había abierto desde 1948 para los estudios arqueológicos en la Argentina. La primera parte de aquella monografía estaba dirigida al estudio del valle de Hualfín, sobre la base de los materiales recogidos por la expedición Muniz Barreto, a cargo del ingeniero Weiser, y correspondía a los materiales mejor documentados de los libretas de viaje de este colector y cartógrafo. La segunda, a la discusión del problema de la hasta entonces llamada "cerámica negra" de los Barreales y al fijamiento de su área de dispersión. Antes de su salida del Museo, Márquez Miranda había hallado otros dos lugares importantes para la obtención de cerámica de este tipo, previamente limitados a los dos que Debenedetti y Weiser



conocieran —La Ciénaga y Aguada— a los cuales él agregó La Toma y La Puerta, y posteriormente el estudio de los materiales de aquella gran colección que le habían sugerido numerosos otros puntos de referencia para intensificación de los hallazgos de este tipo\*.

La incorporación, en 1948, de Alberto Rex González al personal del departamento de Arqueología del Museo de La Plata, como investigador del mismo, había puesto a este estudioso en contacto con aquellos valiosos materiales, que el especialista mencionado trabajó de acuerdo con las nuevas técnicas de investigación en el terreno que había aprendido en EE.UU.

Correlativamente, en esta misma época, Horacio Difrieri, meritorio investigador de nuestra arqueología, alejado de ella posteriormente por razones que no tienen relación con su fervor por ella, realizó investigaciones inspiradas en el deseo de seguir las huellas de una reciente manera nueva de trabajar en el terreno, cuya importancia acababa de ser puesta plenamente en evidencia para nuestro N. O. por Bennett, Bleyler y Sommer, en una monografía que marca una etapa en tales estudios, con la presentación de un intento de establecimiento de la primera interpretación general de tan importante región argentina. Podemos decir que esa importancia queda evidenciada por: I) la nueva manera de designar a los estilos cerámicos —nueva para nuestro N.O., aunque corriente en EE.UU. para sus culturas locales; II) una nueva división geográfica del territorio estudiado; III) la incorporación de la llamada “civilización chaco-santiagueña” al área diaguita; IV) la confección de cuadros cronológicos parciales, de secuencia cultural, y de uno totalizador de los mismos; V) la definición de los estilos cerámicos, añadiendo a la indicación toponímica de los lugares características de tal estilo. El papel de Difrieri en tales circunstancias fue de indudable importancia: encontró en la famosa *Casa Morada* de La Paya características arquitectónicas especiales que parecería que hubiesen pasado inadvertidas para Ambrosetti, su descriptor y, practicando excavaciones en el lugar, tuvo la buena suerte de poder determinar la superposición de tres capas de materiales diferentes, diferenciables por su cerámica: A) en el nivel inferior, alfarería grosera, de tipo Candelaria; B) en un nivel intermedio, la Santamariana; C) en el superior, un incaico local mezclado con restos santamarianos. Quizás aún mejores resultados ofreció otro yacimiento, que Difrieri excavó

\* Ver en *Bibliografía F. Márquez Miranda, Trabajos Inéditos*, ficha N<sup>o</sup> 277. N. R.

en el mismo viaje y que se hallaba igualmente intocado. Se trata de las excavaciones que pudo verificar en el *tampu* del Potrero de Payogasta, a la vera de un viejo camino posiblemente incaico, que baja del Altiplano al N.O. argentino por la Quebrada de Capillas y el río Potrero. Allí pudo establecer igualmente tres estratos: I) el inferior, con cerámica santamariana; II) en el intermedio, La Paya-Inca; III) la incaica local. Con lo que quedan perfectamente determinadas estas tres épocas. Igualmente son tres las *facies* diaguitas que Enrique Palavecino postula en un nuevo trabajo de 1948, entreviendo la posibilidad de diferencias temporales entre ellas.

La cuarta generación de los arqueólogos argentinos había aparecido con González y Difrieri a la palestra. Pero ya algo antes, Alberto Mario Salas, discípulo de Aparicio, había publicado en 1942 su monografía sobre *El Antigal de Ciénaga Grande*, en el cual no sólo aborda con abundante información las características de ese yacimiento, sino que, además, realiza una lucida tarea de confrontación y estudio comparativo de los diversos materiales hallados y de la etnografía antigua regional. Un estudioso extranjero, Henry Reichlen había investigado problemas locales de la arqueología de Santiago del Estero, analizándolos desde 1940. Stig Ryden lo había hecho con una también importante monografía sobre la arqueología de La Candelaria y Rodolphe Schreiter había verificado una revisión y modernización de los elementos arqueológicos de las grutas de Villamil y del yacimiento de Corral Quemado, en el departamento de Belén, provincia de Catamarca. Tales tareas, ocurridas entre 1932 y 1936 constituyen pasos adelante que jalonan las investigaciones locales.

El propio Ryden volvió sobre algunos aspectos de ellas en su monografía de 1944 acerca de la arqueología de la Puna, en la región del río Loa, en tanto que el arqueólogo Gordon R. Willie insistió sobre el tema de La Candelaria en 1946, para llegar a la conclusión de las notables diferencias existentes entre ese complejo cultural y la de los tupí-guaraní, buscando demostrar que aquellas costumbres extraandinas observadas en La Candelaria no son consecuencia de una infiltración amazónica.

Pero es tiempo que volvamos a las consecuencias de las investigaciones sobre arqueología "vertical", inauguradas entre nosotros por Difrieri y continuadas luego, insistentemente, por González. Desde 1950 Ibarra Grasso postuló el diacronismo posible de la zona diaguita, aceptado por Canals Frau en 1953, en tanto que Serrano traza un cuadro cronológico, modificador de otros suyos, en 1952. Ya en 1951,

González había obtenido puntas líticas en la cueva de Inti-Huasi en San Luis. Tratábase de puntas trabajadas en cuarzo lácteo y retocadas a presión en ambas caras, que él denominó "industria de Ayampitín". En 1955, éste, publica sus investigaciones sobre contextos, culturas y cronología relativa en el área central del N.O. argentino (zona de Hualfín especialmente). Se trata de una nota preliminar, como él mismo lo indica, en la cual, sobre la base del diacronismo de las culturas establece un cuadro para esa área central. El trabajo se apoyó en excavaciones realizadas precedentemente por el teniente coronel Aníbal Montes, el doctor Castellanos y el señor Bryan y proseguidas en 1954 por Menghin y González, quienes dieron entonces a conocer las minuciosas excavaciones arqueológicas que ambos verificaron en el yacimiento de Ongamira (provincia de Córdoba), mediante el procedimiento, entonces novedoso, de la aplicación de la técnica del reticulado previo del terreno en fajas longitudinales y paralelas, individualizadas por letras alfabéticas y subdivididas luego por cuadrículados de dos metros de lado. Cada una de esas cuadrículas fue excavada por niveles de veinte cms. de espesor. El prolijo trabajo estratigráfico permitió el establecimiento de diversos horizontes (cuatro para las fajas A, B y C) y otros cuatro (no totalmente coincidentes para la faja E). Menghin señaló, apoyándose en deducciones puramente geológicas, 6.000 años de antigüedad para el estrato Ayampitín, encontrados en la Pampa de Olaen, cifra que más tarde ha sido ratificada casi exactamente por una evaluación hecha sobre la base del empleo del Carbono 14.

Durante los primeros meses del verano (enero-febrero) de 1956, el profesor Lafon retomó las investigaciones llevadas a cabo por su antecesor, el doctor Debenedetti, en El Alfarcito. El mismo nos ha referido, en publicación verificada en RUNA, los cuatro motivos determinantes de tales tareas, en el desarrollo de las cuales fue acompañado por su entonces Jefe de Trabajos Prácticos, Licenciado Pedro Krapovickas y el señor Guillermo Madrazo, ambos miembros del personal técnico del Instituto de Arqueología. Desde entonces hasta el presente el profesor Lafon ha continuado recorriendo, relevando y describiendo sus nuevos hallazgos, que comprenden tanto lugares de vivienda y tumbas como ajuar asociado, incluyendo puntas de tipo Ayampitín y otros materiales, así como un sistema de irrigación de los andenes de cultivo que permite, acaso, definir a esta zona como una verdadera unidad ecológica. El campo está surcado por profundos *huaycos*, abiertos en abanico y que descienden desde la serranía de los Colorados, para cerrarse hacia

la garganta del Diablo, produciendo allí, en época de lluvias, especialmente, el notable efecto hidrográfico tan admirado por los turistas. En muchos casos, lugar de confluencia de vivienda de planta cuadrada con otras elípticas, pobreza de cerámica, uso de casas semisubterráneas, construidas por medio de falsas bóvedas y hasta algunas de las formas de inhumación allí encontradas. parecerían permitir acercar arqueológicamente esta zona a la de Titiconte.

Por esos tiempos Canals Frau acababa de hallar, fortuitamente, una máscara de cerámica de los omaguacas, objeto que compensaba su desdichada condición de fragmento con la rareza y el carácter único de que estaba revestida, mientras que poco antes había dado, en la misma revista especializada que estamos mencionando, otro trabajo en el cual entendía situar a los *Capayán* en La Rioja, cuya zona central y norte entiende el autor, compartían con los *Diaguíta*. Julián Cáceres Freyre trató, también, de la provincia de La Rioja hacia la misma época, pero esta vez, dedicándole la investigación a las condiciones exteriorizadas por sus "piedras pintadas", es decir, al arte rupestre provincial, del cual historia los datos éditos para pasar luego a la expresión de sus propios hallazgos inéditos.

De nuevo, en 1956, publica González sus Apuntes preliminares acerca de la cultura Condorhuasi, antes clasificada como "estilo cerámico" y "tipo de alfarería" más que cultura propiamente dicha. Durante estos últimos años, González viene elaborando, con pequeñas alternativas, modificaciones al cuadro de su interpretación de las culturas del N.O.

En 1957, Márquez Miranda y Cigliano verifican su aporte subdividiendo la cerámica santamariana en dos tipos, que comportan diferencias tanto ornamentales como cronológicas. Con el examen de las nutridas series de piezas de este tipo del Museo de La Plata, la confrontación de las libretas de viaje del Ingeniero Weiser, experto excavador de la colección Muniz Barreto y los resultados de la expedición que, bajo la dirección del primero, verificaron ese año, han podido subdividir la tan conocida cerámica santamariana en dos *facies*, que son a la vez, dos *períodos*: I) el más remoto, tricolor, de decoración más barroca y compleja, caracterizado por la incorporación de franjas color borra de vino y II) un período más reciente, bicolor, menos recargado\*.

En 1958-1959 apareció en los *Anales* mendocinos un extenso estudio

\* Ver en *Bibliografía*, F. Márquez Miranda, Ficha 204. N. R.

de Krapovickas sobre Arqueología de la Puna argentina, con examen del material recogido y abundante bibliografía. En el mismo tomo, González y Núñez Regueiro dan a conocer unas apuntes preliminares sobre arqueología del Campo del Pucará y sus alrededores. En parte, este estudio viene a traer a consideración informaciones anteriores que desde 1954 González había dado a conocer, en diversas publicaciones, acerca de sus reconocimientos de las ruinas de Loma Rica y otros lugares de la región catamarqueña, especialmente de la zona de El Alamito, en el departamento de Andagalá, lugar que luego fue también estudiado por Cigliano. Las últimas investigaciones verificadas en la región de que nos venimos ocupando son las aparecidas recientemente en los órganos del Museo de La Plata: ambas derivan del viaje realizado a comienzos de 1957 durante el período directivo de ese instituto del doctor Márquez Miranda. Se trata del hallazgo —en uno de los casos— de un *antigal* hasta entonces inédito, ubicado a corta distancia de Santa María, en el valle de su nombre y en la otra banda del río epónimo, así como de entierros localizables a corta distancia del mismo, entre el referido *antigal* y el río. Se trata del lugar denominado Rincón Chico,<sup>1</sup> cuyas curiosas características arquitectónicas de utilización de piedras “plantadas” en posición vertical, no muy frecuentes, contribuyen a singularizarla. El otro, más importante aún, desde algunos aspectos, es el hallazgo verificado en uno de los bordes del enorme Campo del Arenal,<sup>2</sup> en la misma provincia de Catamarca. en donde, en un área no mayor de tres kms. a la redonda fueron localizados tres yacimientos correspondientes a otras tantas culturas diversas y bien caracterizadas. Una de ellas —especialmente— resultó de gran importancia por la asociación de gran cantidad de “tíestos” Condorhuasi, con un tipo particular de arquitectura de viviendas toscas, caracterizable por un largo pasillo de entrada así como por lo burdo de su técnica constructiva. Hasta ahora esta cultura había sido encontrada sin asociación con ningún tipo de vivienda conocido. La reciente aparición de estos resultados, que publican Márquez Miranda y Cigliano permitirá, en lo futuro, conocer también a sus viviendas y al aspecto general de sus pequeños pueblos.

<sup>1</sup> y <sup>2</sup> El autor se refiere a los dos trabajos publicados en colaboración con E. M. Cigliano en la Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie), Sección Antropología, tomo V: “Un Nuevo “Antigal” Catamarqueño: El Yacimiento Arqueológico de Rincón Chico” (Dpto. de Santa María, Prov. de Catamarca), pp. 179-192; y a “Problemas Arqueológicos en La Zona de Ingenio del Arenal (Prov. de Catamarca) pp. 123-169, cuyas publicaciones recién entregadas por la imprenta traía en su portafolio el Dr. Márquez-Miranda desde La Plata, para entregar a sus colegas del Museo Etnográfico el día que falleció. N. de E.

Para terminar esta enumeración, que puede empezar a parecer demasiado prolija en algún aspecto y demasiado superficial y rápida en algún otro, debemos decir unas pocas palabras respecto a las tendencias metodológicas y a las posibilidades de futuro de nuestras disciplinas. Es evidente que de una decena de años a esta parte el panorama de posibilidades y necesidades de las Ciencias del Hombre ha comenzado a variar fundamentalmente. Una de esas razones es el hallazgo de nuevos procedimientos técnicos para la investigación y especialmente para el establecimiento de toda una nueva forma de estudio en el terreno. La pala y el pico del excavador del siglo pasado o comienzos del presente ha ido dando paso, gradualmente, a procedimientos mucho más sutiles y estrictos. La pala y el pico, pues, han sido reemplazados por el cucharín y el cepillo y hasta por el pincel de pelo de mara. Los *quelques sondages* de los excavadores europeos del tipo de Amelineau o de Schillemann han sido reemplazados por una técnica minuciosa de cuadrícula del terreno, de extracción de capas finas del mismo, de uso intensivo de la zaranda para que no escape ni el más pequeño fragmento, ni la *guaica* aislada, la recolección minuciosa y lo más exhaustiva posible de tuestos superficiales, con indicación precisa de sus posibles concentraciones topográficas; la anotación exacta de las coordenadas necesarias para el establecimiento de la situación de cada objeto encontrado en cada vivienda, tumba o yacimiento; la trasladación de todos los materiales hallados al laboratorio y su despliegue en forma tal que excluya las posibilidades de confusión o mezcla; la búsqueda y agrupamiento de una serie lo más completa posible de fuentes o de referencias, la descripción aguda del material y su estudio comparativo, la elaboración del planillaje, cada vez más complicado y minucioso: la tendencia al fraccionamiento de los grandes tipos tradicionales ya sea en punto a forma o a decoración, la investigación cada vez más ingeniosa de las funciones verdaderas atribuibles a los diversos elementos del ajuar doméstico o ceremonial y la redacción final de las monografías sintetizadoras de la labor de campo realizada. Naturalmente que todas estas maneras nuevas de encarar el acercamiento a la verdad arqueológica deben ser —y generalmente lo son— verificados con tiento. Nada habríamos ganado, por ejemplo, con el aporte de estas nuevas maneras, si el desarrollo de los planillajes sintetizadores de los hallazgos llegasen a hacer olvidar al Hombre, realizador de la cultura que estudiamos, y meta final de nuestro conocimiento. Ello sería tanto más absurdo cuanto que, este método estadístico, del que hoy se enorgullecen los autores norteamericanos y sus seguidores, fue inventado por Flinders Petrie, en la exposi-

ción de su *Metrología Inductiva*, de manera que se trata de una *novedad* de más de un siglo...

Lo mismo ocurre con ese procedimiento nuevo, de aplicación del Carbono 14, que parece ser un mecanismo maravilloso para el logro de una exactitud casi absoluta en el dominio de la cronología. También en este caso debemos andarnos con cuidado. Las pruebas verificadas con el apoyo del descubrimiento técnico de Libbye deben ser controladas mediante contrapruebas —o ratificaciones— realizadas, en lo posible, en distintos laboratorios y por expertos diferentes, para tener seguridades razonables de no padecer error. El sistema, por definición, adolece de dos grandes dificultades: que no se puede utilizar sino se poseen cantidades algo crecidas del orgánico con el cual se va a experimentar, pues de otra suerte, la pieza a datar resultaría prácticamente destruida a cambio del dato y, segundo, que aún el mejor técnico puede eventualmente cometer una equivocación si no conoce y analiza cuidadosamente las circunstancias mismas del hallazgo, para poder determinar exactamente si la fecha obtenible por su análisis no resulta viciada por alguna circunstancia que venga a desempeñar el papel de esas trampas que la asociación fortuita de ciertos hechos parecería preparar con antelación para engañar al técnico demasiado confiado o inexperto. Pese a estas aparentes objeciones, que sólo tratan de prevenir posibles eventuales errores del futuro, las pruebas del Carbono 14 son, hasta ahora, un recurso precioso para el arqueólogo profesional y es de desear que el laboratorio que se proyecta instalar en el Museo de La Plata sea una verdadera realidad, puesta en seguras manos, en un futuro no demasiado lejano.

Otro sendero que abre las más promisorias esperanzas para el futuro es la creación de las carreras de Ciencias Antropológicas en algunas Universidades nacionales. Poseemos ya las que crearon las de La Plata y Buenos Aires, a las que menciono en su orden de creación y que hoy están ya desarrollando su cometido, cada una de las cuales con el énfasis puesto en las condiciones más propicias al ambiente de su creación. La Universidad de La Plata la ha radicado en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo platense, con acercamiento a las ciencias naturales, por lo tanto; la de Buenos Aires, lo ha hecho en su Facultad de Filosofía y Letras, con sede en el Museo Etnográfico, y con evidente vinculación con la historia y otras disciplinas sociales. Es auspicioso que así sea, pues de esta manera los estudiantes universitarios argentinos tienen la posibilidad de proseguirlas de acuerdo con sus propias afinidades vocacionales, ya que ambos caminos son perfectamente compatibles y

hasta complementarios. Sobre todo, en tanto que las estadísticas de tios no se devoren al Hombre y nuestra naciente quinta generación de antropólogos argentinos no olvide que en el estudio de la antropología *latu sensu*, lo que importa conocer en definitiva no es el cacharro, sino el espíritu y la cultura total de los hombres que la hicieron y usaron.